

Tiempo de conversión

Ángel Gutiérrez Sanz

La cuaresma que iniciaba su andadura con el Miércoles de Ceniza nos convocaba a los fieles a hacer memoria de nuestro fugaz paso por la vida. Del polvo venimos; al polvo retornaremos y así será por mucho que tratemos de ocultarlo. Nada más haber nacido ya es tiempo para ir aprendiendo a convivir con el dolor y pensar que a la vuelta de la esquina nos está esperando el sepulturero. A la vida llegamos llorando y de ella tendremos que salir con angustia y miedo. Sumidos en esta triste situación que a todo ser humano afecta sea rico o pobre, rey o villano se habrán de estrellar todos los optimismos humanos. Nuestros días están contados y nadie podrá ponernos a salvo de los latigazos inesperados que el destino nos tiene reservados. Así es la vida e inútil resulta tratar de enmascarar la realidad; de poco sirve cerrar los ojos como hacen muchos hombres y mujeres que solo entienden de hedonismo, que atentos nada más que al momento presente, no soportan el espíritu de la cuaresma que viene a aguarles su fiesta carnavalesca con recordatorios inoportunos en boca de los que ellos llaman predicadores de la muerte o enemigos de la vida.

Quienes se pasan todo el año exaltando el placer por el placer, haciendo de él la meta de sus vidas, quienes propugnan la filosofía ramplona de “a vivir que son dos días” quienes dicen que la vida hay que disfrutarla y que sólo tenemos el presente para vivirlo a tope, porque ni el pasado, ni el futuro existen, no quieren oír hablar de la muerte. Les parece absurdo e inconcebible que haya gentes todavía que durante cuarenta días al año traten de ordenar su vida con la mirada puesta en la trascendencia; no entienden que en el fondo de la conciencia humana anidan aspiraciones espirituales que parecían muertas; pero que en estos días reaparecen y afloran con fuerza. Siempre ha sido así. La Cuaresma hay que verla como tiempo de gracia, que nos brinda la oportunidad de colocarnos frente a nuestro verdadero destino. Es una retirada a la aridez del desierto, de todo punto necesaria, para descubrir allí las exigencias de una existencia auténtica que nos pone a salvo de las falaces seducciones mundanas, que aparecen ante nuestros ojos en forma paraísos artificiales, llamémosles, poder, vanidad, sexo, hedonismo, droga, con un final que siempre acaba en la insatisfacción o desesperanza.

La filosofía del “comer, beber, bailar y gozar que todo se va acabar” sólo resulta comprensible desde la óptica de un presente carente de perspectiva, que sólo acierta a interpretar la realidad humana de tejas abajo; sin percatarse de que esta misma realidad es susceptible también de ser interpretada desde otros parámetros, que nos introducen en el ámbito de la espiritualidad, desde donde la vida y la muerte, la felicidad e infelicidad, adquieren un sentido diferente que la Cuaresma pone ante nuestra consideración, sin que por ello quede comprometida la alegría de vivir: porque no es cierto que el espíritu cuaresmal vaya contra la vida, ni trate de sofocar la legítima aspiración humana a la felicidad, a la que todos estamos llamados, incluso en esta vida terrenal.

Nos equivocáramos si el mensaje cuaresmal lo interpretáramos en clave de un dolorismo deshumanizador. Es cierto que durante la cuaresma habremos de oír de forma insistente y reiterativa expresiones que nos hablan de la llamada a la conversión, de morir al hombre viejo

, de penitencia y sacrificio, de purificación interior; se nos recordará que hay que vivir en el mundo como si no viviéramos en él y de muchas cosas más por el estilo ; pero ello no significa que no tengamos que vivir la vida a tope, como tampoco significa que hemos de renunciar a ser felices. Nada de eso, al contrario, se nos invita a vivir una vida en plenitud, ésa que surge de un espíritu libre que nos convierte en dueños de nosotros mismos y no en esclavos de los demás, de nosotros mismos o de nuestras propias pasiones; una vida responsable que asume con normalidad todos los compromisos inherentes a la condición humana, tanto en el orden natural como sobrenatural, sin dejar resquicio alguno al sin-sentido de ninguna de nuestras acciones; una vida de entrega y sacrificio a los demás que multiplica por dos sus potencialidades, en fin una vida digna de los hijos de Dios , que viene a ser el prototipo de una vida plena y auténtica.

Sin negar que durante la Cuaresma se nos convoca a poner en práctica el espíritu de penitencia y austeridad, lo que cabe resaltar sobre todo , es la llamada al arrepentimiento de quien sabiéndose pecador, se duele por ello y con humildad trata de acercarse a Dios en busca de su perdón; pero sin que nada de esto signifique la exaltación del dolorismo y mucho menos ponga en entredicho la legítima aspiración de los hombres y mujeres a ser dichosos. Cuando se nos pide que tenemos que cambiar de rumbo y dejar atrás los egoísmos, la vida disoluta y los placeres pecaminosos, lo que se nos está pidiendo no es que renunciemos a la felicidad, sino que la busquemos por los caminos del espíritu, que es donde, con seguridad, habremos de encontrarla

A partir de aquí, podemos entender que la llamada a la conversión es la lógica consecuencia después de haber experimentado en nuestra propia vida, que no en la carne, sino en el espíritu, es donde se encuentra la plena satisfacción de nuestro ser, tal como se anuncia en el evangelio “buscad el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura”. Con esta Cuaresma de 2015 se nos viene a dar una nueva oportunidad para adentrarnos en el interior de nuestro ser y encontrar allí el sentido profundo de nuestras vidas, descubrir la alegría que se esconde en la entrega a Dios y a los hermanos, y poder en fin descansar en paz, sabiendo que a través de la fe y de la esperanza nos llegará la luz que necesitamos para poder discernir los caminos que conducen a la Pascua.